

puede escribir una inolvidable novela» (Pardo Bazán 1973e: 1431). Y en tercer lugar, en cuanto a las digresiones, tan censuradas en las novelas del diplomático cordobés, doña Emilia encuentra totalmente justificado su uso porque «son realmente urdimbre psicológica», sirven para descubrir el alma de don Luis y la transformación que en ella se va verificando desde el ideal místico al amor humano.

Por último, la autora de *Los Pazos de Ulloa* se adelanta a la crítica actual al subrayar que el interés de la novela reside fundamentalmente en la primera parte, pues el «análisis de esa lucha es admirable; no se sabe qué preferir, si la forma exquisita que reviste la autointrospección de los sentimientos del protagonista, o la lucidez psíquica con que se estudia el nacimiento de una pasión y los heroicos esfuerzos del combate para vencerla». Y añade: «sin que yo iguale a Stendhal con Valera, en cuanto a analítico, hallo en el análisis delicado de la transformación de don Luis de Vargas una serie de páginas dignas del psicólogo más agudo y dignas de la inmortalidad» (Pardo Bazán 1973e: 1432-3)

El estudio de la restante producción narrativa de don Juan es rápido pues se reafirma en su juicio de que ninguna de las novelas posteriores supera a la obra maestra, no obstante vuelve de nuevo a comparar a Valera con el autor de *Rojo y Negro* a propósito de la factura de los personajes de los que dice son diferentes versiones del mismo autor, que, como el novelista francés, «se escruta y se revela, incapaz de interesarse por lo que no sea su propia alma» (Pardo Bazán 1973e: 1434)

Casualidades del azar, a pesar de que este trabajo de la autora coruñesa, que inicialmente surgió como una necrológica, tenía visos de ensayo biobibliográfico, sobre todo, en la versión definitiva de 1908, *Apuntes y retratos literarios*, el 13 de mayo de 1921 aparecía en el diario *ABC* el que sería el último artículo de la Condesa de Pardo Bazán, titulado «Aprendiz de helenista» y dedicado de nuevo a Valera. Pues si en 1905 la muerte del autor había sido el desencadenante del extenso ensayo de doña Emilia, ahora la muerte de ésta, acaecida el 12 de mayo de 1921, convertía en póstumo el mencionado artículo del rotativo madrileño dedicado también al autor de *Pepita Jiménez*. En este último trabajo que apareció en la sección habitual «Un poco de crítica», la pluma de una escritora consagrada y con extraordinario prestigio entre sus lectores volvía con generosidad a evocar la figura del escritor y del amigo. Reconocía sus discrepancias en algunos temas, pero evocaba con profundo afecto los últimos tiempos de la tertulia de la Cuesta de Santo Domingo, en casa de don Juan, cuando la ceguera le impedía

leer y sin embargo con extraordinaria elegancia seguía con curiosidad las conversaciones y se interesaba por todo:

«Al empezar la sesión, Don Juan aparecía recostado en su poltrona, caída la cabeza sobre el pecho, en postura de fatiga. Apenas se iniciaba la polémica, iba reanimándose: enderezaba el cuello, prestaba atención, intervenía. Poco a poco se galvanizaba: la sonrisa jugaba en su semblante de amplios rasgos; se apasionaba, alzaba la voz, se levantaba, andaba sin perder nunca el compás de la buena educación. Y esto sucedía cuando ya no tenían vista sus ojos» (Pardo Bazán 1921)

La elegancia, distinción e incluso el entusiasmo del novelista que «jamás traspasaba los límites del buen gusto en modales y expresiones», ha quedado en el recuerdo gracias a las palabras de Emilia Pardo Bazán, la mujer culta y batalladora, de quien, más allá de discrepancias puntuales, Valera, que en su correspondencia con Menéndez Pelayo no fue precisamente amable con la autora, se vio, sin embargo, obligado a reconocer en más de una ocasión su indiscutible talento y su valía como novelista. Valgan como ejemplo la carta fechada en Bruselas el 13 de noviembre de 1886, en la que dice al autor de *Historia de los heterodoxos españoles*: «La Pardo Bazán me ha enviado, con una carta muy amable, su primer tomo de *Los Pazos de Ulloa*. Hasta ahora sólo he leído la autobiografía literaria que pone al principio y que está bien escrita y se lee con gusto» (Menéndez Pelayo 1986a: 158), juicio elogioso que junto al de Clarín fueron prácticamente los únicos que juzgaron positivamente los *Apuntes autobiográficos*, prólogo de la novela. Y en 1894, cuando doña Emilia colaboraba en la prestigiosa revista de su amigo y mecenas Lázaro Galdiano, leemos también:

Hasta ahora no he leído más del primer número de la nueva y reformada *España Moderna* que la novela de doña Emilia Pardo Bazán, de la que mucho me he maravillado. El diablo de la mujer tiene singular y muy raro talento; su espíritu es una máquina fotográfica que afea las cosas en vez de herosearlas. Aquello es la verdad, pero ¿qué verdad? lo soez, lo vulgar, lo villano y lo sucio, no superficial y alegremente pintado para hacer reír, sino pintado con delectación morosa y dispuesto de manera que se combine con lo trágico y lo pesimista. Y con todo, la novela interesa y no se suelta hasta que se lee. Creo que (dentro de esta perversión del gusto, del sentido moral y de la teodicea) doña Emilia es toda una novelista» (Menéndez Pelayo 1986b: 393-4).

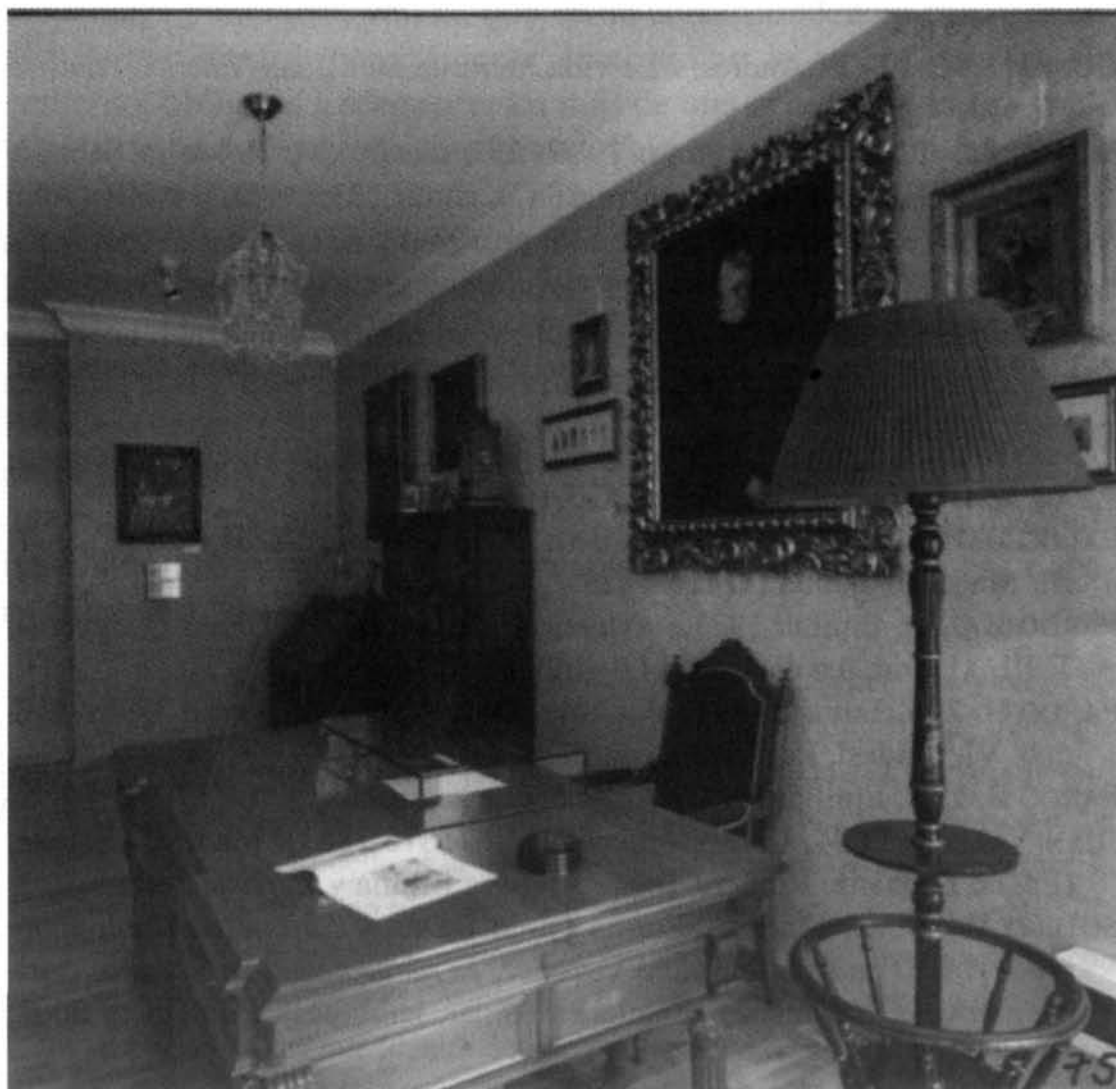
Se refiere Valera a *Doña Milagros*, juicio que reafirmará un mes después no sin una malévol pulla a propósito del aspecto físico de la autora: «la última novela del morcón de doña Emilia, cuyo naturalismo despiadado y grotesco me repugna a par que me fuerza a conocer su fidelidad y verdad, el perspicaz talento de observación de la autora gallega y su rara habilidad para expresar y representar lo observado» (Menéndez Pelayo 1986b: 431).

Hasta aquí varias calas cronológicas en los textos pardobazanianos a propósito de la personalidad y la obra de don Juan Valera que permiten calibrar, sino con la profundidad y el detenimiento que merecerían, sí lo más esencial de dichas relaciones literarias y humanas.

Bibliografía citada:

- GONZÁLEZ BLANCO, Andrés: «La vida literaria. Don Juan Valera», *Nuestro Tiempo*, V (1905).
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: 1986. *Epistolario*, (M. Revuelta Sañudo, ed.), t. VIII (Julio 1886-Octubre 1887), carta, 133; p.158 y t. XII (Julio 1892-Mayo 1894), cartas 515 y 546; pp.393-4 y 431.
- PARDO BAZÁN, Emilia: 1973a. *Apuntes Autobiográficos, Obras Completas*, t.III, Madrid, Aguilar, pp. 698-732.
- PARDO BAZÁN, Emilia: 1973b. *La cuestión palpitante, Obras Completas*, t.III, Madrid, Aguilar, pp. 547-644.
- PARDO BAZÁN, Emilia: 1973c. «Valera, I. La personalidad», *Obras Completas*, T. III, Madrid, Aguilar, p.1410-1416.
- PARDO BAZÁN, Emilia: 1973d. «Valera, II. El crítico», *Obras Completas*, T. III, Madrid, Aguilar, p.1416-1429.
- PARDO BAZÁN, Emilia: 1973e. «Valera. III. El novelista, *Obras Completas*, T. III, Madrid, Aguilar, pp. 1429-1436.
- PARDO BAZÁN, Emilia: 1891. «La novela novelesca», en *Nuevo Teatro Crítico*, VI, Madrid, La España editorial.
- PARDO BAZÁN, Emilia: 1921. «Aprendiz de helenista», *ABC* (13-V).
- JUAN VALERA, 2004. *Correspondencia*. III (1876-1883), Madrid, Castalia, (Ed. de Leonardo Romero Tobar, Ángeles Ezama y Enrique Serrano).
- SOTELO VÁZQUEZ, Marisa: «Emilia Pardo Bazán y *La cuestión palpitante* (1882-1883) en Adolfo Sotelo Vázquez, *El naturalismo en España: crítica y novela*, Salamanca, Ediciones Almar, Biblioteca Filológica, 2002; pp.187-219.
- JUAN VALERA: 1934 . «Poesías de don Marcelino Menéndez Pelayo», en *O.C.*, t.I, Madrid, Aguilar, pp.586-587.

JUAN VALERA: 1996. «La novela enfermiza» (5-VI-1891) en Juan Valera, *El arte de la novela*, (A. Sotelo Vázquez, ed); Barcelona, Lumen, pp. 290-298.



Casa-Museo Pardo Bazán, La Coruña. Gabinete de trabajo